

de Joyosa, asesinado mas de dos años antes, se hizo uso de los privilegios tan vigorosamente disputados por Pedro de Cugnieres, y se hizo con toda la seguridad que acababa de suministrar la declaracion del rey en favor de la Iglesia (1).

En el transcurso de un año que tardó en discutirse este negoció en Francia, Pedro de Corbiere se mantenía con tanto secreto escondido en Pisa, que aun los mismos pisanos lo ignoraban, como aparece de las pesquisas que el Papa Juan mandó hacer á su arzobispo y á los obispos de Luca y de Florencia. Por último, descubrieron que el conde Bonifacio de Donoratico ocultaba al antipapa, y el Sumo Pontífice le estrechó sin dilacion á entregar este instrumento del cisma. Negó primero Bonifacio fuertemente tenerle en su poder, pero el obispo de Luca en particular manejó tan bien este negoció, é infundió tanto pavor al conde á vista de los males á que se esponia con toda su casa, que este convino en desistir de su peligrosa proteccion, y haciendo consentir en ello á su protegido, escribió con él al Pontífice (2).

La epístola de Pedro estaba concebida en estos términos de la mas profunda sumision: «Al muy santo Padre y Señor el Papa Juan, fray Pedro de Corbiere, postrado á los pies de Su Santidad reconociéndose digno de todo castigo. Os cargaron en mi presencia de delitos tan atroces, que tuve la temeridad de subir á la Silla apostólica; pero habiendo venido al territorio de Pisa, é informádome en ella con cuidado de los hechos, he descubierto su falsedad, y he concebido el mas vivo arrepentimiento de haberme abandonado contra vuestra Santidad á los consejos de los impíos. La prueba de esto es, que hace un año entero que me

he separado de vuestro enemigo, y he desistido de mi sacrilega pretension. Estoy pronto á renunciar á ella en público, sea en Pisa, sea en Roma, ó en cualquiera parte donde vuestra Santidad ordenare.» Concluye implorando el perdon en términos de humildad los mas espresivos (1330).

Causaron estos tal impresion en el Papa, que rasgó una carta que tenia escrita con amargura para reprender al culpado sus crímenes y su audacia insensata. Escribió otra en la que solo respiraba benevolencia y consuelo, exhortándole en ella á consumir lo que tan bien habia principiado, y á ir con brevedad á presentarse á su persona. Esto no estorbó que el conde Bonifacio, antes de entregar á su protegido, tomase todas sus precauciones con Juan XXII, que prometió la vida al penitente y además tres mil florines de oro anuales para su subsistencia.

Antes de partir de Pisa, Pedro hizo en ella la primera abjuración á la vista de todo el mundo, y especialmente del nuncio Raimundo Esteban, enviado de Aviñon para conducirle á aquella córte. Confesó sus crímenes, sus extravíos, sus errores, luego recibió la absolucion de las censuras el día de Santiago, 25 de julio, por el ministerio del arzobispo de Pisa, á quien el Papa habia delegado esta comision. En 4 de agosto se embarcó en una galera provenzal, con el nuncio del Papa y una escolta bien armada que este ministro pontificio tenia á sus órdenes. Aportó á Niza, y de allí fué por toda la estension de la Provenza hasta Aviñon y por todos los lugares, aun los menos considerables por donde pasaba, confesaba en público su crimen. Pero era mayor el horror que escitaba el antipapa, que la edificacion que daba el penitente. Apenas llegaban los pueblos á descubrirle desde lejos, le llenaban de maldiciones é injurias, principalmente en las cercanías de Aviñon, donde no

(1) Conc. Hard. tom. 7, pag. 1549.

(2) Rain. añ. 133, n. 2 et seq.; Vit. Pap. t. 1, p. 140, etc.

osó presentarse con sus hábitos ordinarios, y entró disfrazado de seglar.

Al día siguiente de su arribo, 25 de agosto, compareció en consistorio, delante del Papa y los cardenales. A fin de que todos los asistentes pudiesen verle, habian colocado un tablado al que subió para repetir su abjuracion. Principió por estas palabras del hijo pródigo: *Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos.* Siguió confesando y abjurando los errores en que habia caido reuniéndose á Luis de Baviera y tomando el título de Pontífice. Quiso confesar y abominar de una en una todas las culpas á que le habia comprometido esta conducta fatal: mas la fuerza del dolor y de la confusion, junto con la fatiga del viaje, le embargó la voz antes de haber concluido su discurso y lo dejaron para otra sesion. El Papa no obstante tomó la palabra, y se estendió sobre los deberes de un buen pastor para con la oveja descarriada, despues de lo cual Pedro descendió del tablado, y con la soga al cuello y derramando lágrimas se arrojó á los pies de su Santidad, que le levantó, le quitó la cuerda, le admitió á besar los pies, y luego las manos y la boca, lo que causó grande admiracion. Entonó el Pontífice el *Te-Deum*, le continuaron los cardenales con los asistentes, y celebró solemnemente la misa en accion de gracias.

Volvió el 6 de setiembre á comparecer el penitente en consistorio, pero consistorio secreto, para hacer la confesion circunstanciada de los atentados á que le habia arrastrado su cisma. Reconoció que estos actos eran nulos por defecto de potestad, los revocó en cuanto estuvo de su parte é hizo su profesion de fé declarando no tener otra alguna sino la de la Iglesia romana y de su legítimo Pontífice. Admitióle benignamente á penitencia Juan XXII, le dió la absolucion y le reconcilió con la Iglesia. Sin embargo, para asegurarse de la solidez de su conver-

sion, le asignó bajo la tesorería una habitacion, ó por mejor decir una honrosa prision, en la que, segun la espresion de un autor de aquel tiempo (1), fué tratado como amigo y guardado como enemigo. Dabásele de comer de la mesa misma del Papa, y tenia libros para ocupar el tiempo; mas no permitian que persona alguna le hablase. De este modo vivió tres años; murió penitente y fué enterrado honrosamente con hábito franciscano en la iglesia de sus hermanos de Aviñon.

Poco despues de su renuncia, el emperador Luis retirado en Baviera con el resto de sus parciales, empeñó algunos príncipes de Alemania á hacerse sus mediadores para con el Papa Juan. Hacia ofrecer que abandonaria al antipapa, que revocaria la apelacion interpuesta al futuro concilio, y generalmente todo cuanto habia hecho contra el Papa legítimo; pero con condicion de que conservaria el imperio. Esto era conceder lo que ya no estaba en poder suyo: Juan XXII le habló en tono capaz de dar á comprender que conocia su ventajosa posicion. «Seria vergonzoso y perjudicial á la Iglesia, respondió con firmeza (2), tener por emperador á un hombre justamente condenado como autor del cisma, fautor de la heregia, herege él mismo, y que mantiene aun cerca de su persona un sin número de apóstatas y de enemigos de la Religion. Ofrece depone á su antipapa y revocar su apelacion; pero provocan igualmente á risa una apelacion que no pudo hacerse y una deposicion que está ya hecha. Y aun cuando Pedro de Corbiere no se hubiese depuesto á sí mismo, este cuidado no tocara á Luis en manera alguna, aunque fuese tan verdaderamente emperador, como desea serlo. Por lo mismo que pretende conservar el imperio,

(1) Bernard. Guid. Chron. Pap. ad ann. 1330;

(2) Rain. ann. 1330, num. 30 et seq.



por eso mismo se muestra impenitente y por consiguiente indigno de absolucion. Pero ¿con qué título querrá que le pertenezca? ¿Es por el derecho con que se cree aun, ó por el que confía adquirir? No tiene derecho alguno en cuanto al presente, pues perdió por su condenacion el que podía alegar: ninguno puede recobrar, porque es radicalmente inelegible como tirano, como sacrilego y como excomulgado. El Pontífice concluye exhortando á los principes de Alemania á elegir otro emperador; pero no desirieron estos tan pronto á sus deseos; antes bien Luis de Baviera causó todavía bastantes males en Italia, donde entró en este mismo año y fomentó la discordia con un éxito demasiado capaz de inquietar vivamente á los dos primeros sucesores de Juan XXII (1).

La iglesia y el imperio de los griegos no estaban mas tranquilos que el Occidente. En el propio año en que Luis de Baviera enarboló el estandarte del cisma, Andrónico III se declaró abiertamente contra su abuelo Andrónico II, por sobrenombre el Viejo, que le habia asociado al imperio tres años antes. Quejábase de que el viejo emperador desatendia los negocios, olvidaba la magestad del imperio y dejaba los pueblos espuestos á los insultos de los bárbaros; es decir, de los turcos, que en efecto adelantaban sus conquistas de día en día, y hacian incursiones hasta las puertas de Constantinopla. Andrónico por su parte decia que no podia abandonar el gobierno á un jóven que no sabia dirigirse á sí mismo, que solo se ocupaba en sus perros yalcones, y pasaba los dias y noches con las gentes frívolas de su edad en convites y en vicios. Formó el jóven emperador un partido fuerte, se apoderó de algunas ciudades de Tracia y marchó rápidamente á la capital. Sorprendido

(1) Vill. lib. 40, c. 170.

su abuelo y casi abandonado, buscó en la Religion los auxilios que no podia esperar de las armas y de la política. Habiendo congregado los obispos con el patriarca, les suplicó que suprimiesen el nombre de su nieto en las preces públicas, y le amenazasen con la excomunion á fin de atraerle á los deberes sagrados de la naturaleza, á los cuales era infiel con tanta ingratitud. Los mas virtuosos é ilustrados secundaron sus miras; pero el patriarca, con cierto número de prelados y algunos otros eclesiásticos, opinó de muy diverso modo (1528).

Estaba entonces ocupada la silla patriarcal por Isaías, el cual dos años antes, á la edad de mas de setenta años, habia sido elevado á ella del estado de simple monge en el monte Athos (1). Era tal su ignorancia, que apenas sabia firmar: nada tenia por otra parte de la dignidad de un obispo; acusábasele de muchos delitos graves y tan bien probados, que por ellos habia estado escluido de las sagradas órdenes. Cuéntanse en el espacio de nueve años hasta cuatro patriarcas de Constantinopla, del mismo carácter con corta diferencia. Gerásimo, á quien sucedió Isaías en 1525, era como él un monge viejo, que solo tenia de la madurez de su edad los achaques y las canas: estaba casi privado del oido, era de cortos alcances, y tal, en una palabra, cual convenia á los hombres que los emperadores de aquel tiempo destinaban á los puntos mas importantes, á fin de tenerlos como esclavos y sin reserva alguna sujetos á todos sus caprichos. Así se explica Gregoras (2), griego tambien y cismático. Juan Glicis (3), predecesor de Gerásimo, pasaba plaza de sábio y docto; pero era un hombre enteramente secular, cargado de hijos, que vivia aun

(1) Cantacuz. lib. 1, cap. 41; Nicéph. Greg. lib. 8, cap. 6.

(2) Ibid. cap. 2.

(3) Ibid.

con su muger, á la que dió precipitadamente el hábito de religiosa. El mismo fué ensalzado sin intervalo, desde la casa de postas donde ejercia el oficio de contralor, al trono patriarcal, en el que sucedió á Nifon, que en 1515 habia sido espulsado por la avaricia de enriquecerse con medios inicuos, bajos, odiosos y sacrilegos.

Viendo el patriarca Isaías que no prevalecia su dictámen en la asamblea de los obispos contra el viejo emperador, se levantó sin hablar palabra con los de su partido, y cada uno se retiró á su casa. La noche siguiente se reunieron estos en el palacio patriarcal, y consultaron acerca de los medios de cimentar su conspiracion, en la que entraron secretamente muchas personas distinguidas. Tres dias despues, habiendo convocado el sedicioso patriarca á todo el pueblo al son de las campanas, pronunció excomunion contra todos aquellos que suprimiesen el nombre del jóven emperador, y que no le rindiesen todos los honores debidos á la dignidad imperial. Llegó su osadía hasta excomulgar á los obispos que habian tomado el partido contrario. Estos prelados tuvieron tambien su asamblea, y á su vez anatematizaron al patriarca como á gefe de faccion atraído por el interés. Autorizaron este procedimiento con el cánón diez y ocho del concilio calcedonense, que condena las conspiraciones de los clérigos y los monjes contra los superiores eclesiásticos; de donde concluian, no menos que de los textos claros y multiplicados de la Escritura, que era un atentado digno de castigo el rebelarse contra su soberano. En su consecuencia el viejo emperador hizo encerrar al patriarca en el monasterio de Manganes (1).

Sin tomar medidas eficaces para contener al pueblo, siempre amante de mudan-

(1) Nicéph. Greg. lib. 9, cap. 1 et seq.; Cantacuz. lib. 1, cap. 58 et seq.

zas, este anciano débil é irresoluto perdió el tiempo en quejas inútiles contra los prelados fautores de la rebelion, y comunicó su desaliento á sus mismos defensores. El jóven Andrónico caminando con paso mas seguro á su objeto, vino á acampar en un sitio poco distante de Constantinopla, y juntando la destreza al vigor, ganó á dos oficiales que estaban de guardia en una de las puertas. Estos convinieron en entregársela, habiendo antes propuesto su designio á Juan Cantacuzeno, entonces gran doméstico ó gran maestro de la casa imperial, y que despues fué emperador; pero el griego astuto quiso aparentar no ceder mas que á la fuerza. Los rebeldes se acercaron á los muros durante la noche, subieron á ellos algunos soldados con dos escalas de cuerda, hicieron abrir la puerta, y el jóven emperador entró en la ciudad con su ejército sin la menor resistencia. Oyendo su abuelo desde el palacio el estruendo de las armas y las aclamaciones del pueblo, corrió á postrarse delante de una imágen célebre de la Virgen, á quien llamaban de la Guia, suplicándola que le libertase de una muerte violenta. Al mismo tiempo el jóven emperador juntó á los principales oficiales de su ejército y les prohibió matar é injuriar á persona alguna; él mismo entró en la capilla de la Virgen de la Guia, la dió gracias por sus buenos sucesos, saludó al emperador su abuelo como si nada hubiese pasado, y lo atribuyó todo á la malicia del príncipe de las tinieblas. Trasladóse luego al monasterio de Manganes para dar libertad al patriarca Isaías que permanecia todavía encerrado (1528).

Volviendo por la tarde á palacio, le encontró en el camino el anciano patriarca Nifon, que sobrevivió á su deposicion nueve años, y le preguntó que cómo queria tratar á su abuelo. «Como padre y como emperador», respondió el príncipe. «Si quereis



reinar, replicó el insolente y vengativo patriarca, quitadle todas las insignias de emperador, cubridle de un vil cilicio, y ponedle en alguna prision ó en un desierto. Varios legos no dejaron de hacer discursos semejantes á los de este mal pastor; pero el príncipe quiso que su abuelo conservase los ornamentos imperiales, que tuviese con que subsistir segun su dignidad, y que habitase en el palacio, aunque sin poder salir de él ni mezclarse en cosa alguna. Este fantasma de emperador se despojó á sí mismo de estos vanos ornamentos, tomó el hábito monástico con el nombre de Antonio, vivió todavía cinco años en este estado, y murió de repente el 13 de febrero de 1332.

El patriarca Isaias no se mostró menos vengativo que Nifon. Para vengarse de los clérigos y prelados que se habian opuesto á su rebelion contra el viejo emperador, suspendió á unos por algun tiempo, y á otros perpétuamente. En vano el jóven Andrónico se interpuso personalmente en su favor; pero cediendo á los consejos de Cantacuzeno, se resolvió celebrar á este objeto un concilio, en que Isaias compareciese como parte y no como juez. Cantacuzeno procuró asistir á él, y encargó á los obispos que guardasen profundo silencio, prometiendo que él hablaría por ellos. El áspero patriarca prorrumpió contra estos prelados en inectivas muy largas y en acusaciones injuriosas. Ellos no respondieron una sola palabra. Amortiguado el furor por la reserva convenida, y reinando en todas partes una calma profunda, el gran doméstico con tono grave y muy suave, habló de esta manera: «El Señor dice en su Evangelio: *si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.* En esto se nos enseña, si me han instruido bien, que no es suficiente no volver mal por mal, sino que debemos tambien hacer á nues-

tro enemigo todo el bien que podamos. Nos está además ordenado ocultar nuestras buenas obras, y hacer brillar su luz delante de los hombres, cosa al parecer contradictoria; pero yo me persuado á que el primer precepto se dirige á nosotros los legos, á fin de que la ostentacion no arranque á nuestra flaqueza la recompensa del poco bien que obramos: por lo que hace á vosotros, sacerdotes del Señor y Pastores de los pueblos, os conviene hacer brillar vuestras virtudes para gloria del Padre celestial y edificacion de sus hijos. Si os mostrais, pues, inexorables con aquellos que os han ofendido, ¿qué ejemplo nos dareis, y de qué castigo no os hareis merecedores?» El orador se aprovechó tambien con mucha ventaja de la generosa indulgencia del nuevo emperador, el cual acababa de perdonar á un particular que le habia dicho injurias atroces y que temia ser condenado al último suplicio.

Despues de su discurso, dejó su puesto, hizo que le siguiesen los obispos acusados, y arrojándose con ellos á los pies del patriarca, «perdonadnos, padre mio, dijeron todos juntos, olvidad nuestra culpa, para que el Padre celestial os perdone tambien las vuestras.» Entonces Isaias, ya fuese que realmente se sintió conmovido, ó ya que fingiese estarlo, dijo á Cantacuzeno: «me habeis cogido en un lazo del cual no puedo evadirme: no resistiré á los sentimientos que me inspirais, y aseguro inmediatamente á los prelados que los perdonaba: abrazólos uno á uno, y les dió su bendicion en señal de una reconciliacion perfecta. En fin, despues de un pequeño discurso que no respiraba mas que caridad y concordia, despidió la asamblea, y los obispos fueron inmediatamente á dar gracias al emperador.

Los griegos necesitaban de los socorros y de la buena armonía de todas las clases del imperio para impedir su total ruina,

Los turcos de Natolia ó Asia Menor hacian cada dia sobre ellos nuevas conquistas. Estas hordas groseras de escitas, únicamente famosos en los principios por sus robos, habian llegado en fin á ocupar el primer lugar entre todos los secuaces de Mahoma, y causaban con razon el mayor espanto á los emperadores de Constantinopla, cuyo trono llegaron por último á desquiciar. Su primer sultan, si se le puede dar este título que obtuvo solamente su nieto Bayazeto del califa de Egipto, fué Othman ú Ottoman, hijo de Ortogrul, el cual concibió y ejecutó el proyecto de levantar una nueva monarquía sobre las ruinas de la de Iconio, destruida á fines del siglo precedente (1). Quitó á los griegos muchas ciudades, de las cuales la mas considerable fué Prusa, en Bitinia, que su hijo Okran redujo durante la enfermedad de que murió su padre en 1326. Okran tomó en seguida á Nicomedia, Nicea y otras muchas plazas de menos importancia. Prusa, que despues de su reduccion habia empezado á ser capital de este nuevo imperio, cedió mas adelante este honor á Nicea.

Andrónico el jóven no desmayó en medio de estos enemigos formidables, á los que no cesó de oponer mucha firmeza, á lo menos despues que hubo desvanecido las discordias domésticas, mucho mas peligrosas todavía que los ataques exteriores. Se hizo amable y respetable á sus vasallos por unas cualidades verdaderamente dignas del trono, pero para salir bien con una nacion tan difícil y en particular tan acostumbrada al fraude, se sirvió útilmente del gran doméstico Juan Cantacuzeno, hombre de los mas propios para los negocios, de grande penetracion, y muy fecundo en recursos. Muerto el Patriarca Isaias, al cabo de diez años

de pontificado, y hallándose obligado el emperador Andrónico á alejarse de Constantinopla para marchar contra el enemigo, quiso este príncipe dar al Patriarca un sucesor que fuese como custodio de la emperatriz y tutor de sus hijos pequeños. El gran doméstico propuso un clérigo llamado Juan, natural de Apri, en Tracia, de familia oscura, pero cuya habilidad poco comun le era conocida, como que habia sido su capellan. Este no fué del gusto del clero, y á la primera propuesta le desechó por unanimidad.

Habiendo el emperador confiado el cuidado de este negocio al gran doméstico, juntó éste los obispos en la iglesia de los Apóstoles, y despues de haber probado, aunque nada mas que por cumplir, la via de la persuasion, cuya inutilidad preveía, tomó la del disimulo y del efugio. «Ni el emperador ni yo, les dijo (1), pretendemos colocar á Juan contra vuestra voluntad en la Silla patriarcal; pero seria cosa muy dura para un hombre de su mérito, experimentar sin compensacion una repulsa humillante; y puesto que es irreprochable en su conducta, reflexionad si será conveniente darle alguna otra Silla episcopal.» Contentos los prelados de que se rindiese Cantacuzeno á su opinion, como imaginaban, se apresuraron á elegir á Juan para obispo de Tesalónica, que vacó al mismo tiempo que el patriarcado. Cantacuzeno les hizo inmediatamente estender por escrito el decreto de su eleccion; y cuando le tuvo en sus manos, les dijo: «si el emperador halla contradiccion en vuestros procedimientos, os ruego que reflexioneis qué respuesta especiosa podreis darle. Porque en fin, si Juan es digno del obispado, ¿por qué no podrá ocupar la Silla patriarcal segun los deseos del príncipe? ¿Acaso las virtudes y ausilios de que necesita el

(1) Presep. Suppl. pag. 43; Bibl. Orient. pag. 693, etc.

(1) Cantacuz. lib. 2, cap. 21.